

Washington Lockhart

21/32.588

RIVERA

Talcahuano



Indigenas Charrúas

OBRAS PREMIADAS DE W. LOCKHART

1eros. Premios:

"GREGUERÍAS", "El País" (1934).

"DEMOCRATIZACION DE LA CULTURA", "El País" (1938).

"MAXIMO PEREZ", Junta Regional de Historia (1959).

"CUENTOS", Concejo Departamental (1960).

"EL MUNDO NO ES ABSURDO", Ministerio de Instrucción Pública (1962).

"EL PENSAMIENTO DE RODO", Círculo de la Prensa (1963).

"VIDA DE UN PUEBLO", "El País" (1963).

"RODO", Unesco uruguaya (1971)

"CARLOSVAZ FERREIRA", Unesco uruguaya (1973).

"MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA", Obra con Juan Francisco Costa, Academia Nacional de Letras (1975).

2dos. Premios:

"MAXIMO PEREZ", Concejo Departamental de Montevideo (1963).

"MAXIMO PEREZ", Universidad de la República (1963).

"FELISBERTO HERNÁNDEZ", Intendencia Municipal de Montevideo (1992)

21/32.588.

21

Washington Lockhart

RIVERA
tal cual era

L. 443.402

fey. 2000.



NECESIDAD DE ESTE ESTUDIO

Conocer un personaje histórico requiere conocer las circunstancias en que vivió, la situación social, política y económica, tal cual influyó de algún modo en su comportamiento y en su manera de pensar y de vivir. Es necesario, por supuesto, procurarnos un adiestramiento y una preparación personal que nos permita interpretar las informaciones obtenidas. Debo así expresar que mi propósito actual, a raíz de interpretaciones renovadas, es corregir e incluso alterar en aspectos importantes las versiones que adoptara hace ya decenios, al aceptar entonces juicios y calificaciones sumamente incorrectas y afectadas por prejuicios a los que, posteriormente, debí suprimir.

Rivera es un caso singularísimo, una personalidad en la que confluyeron con impertinencia inusual cualidades negativas y propósitos reivindicatorios cuya resultante, según quien la inquiere, puede creerse de signo positivo o negativo, o vaya a saber cual otro. El resultado es que pudo creérselo un personaje relevante, entre otras cosas como fundador del Partido Colorado, "paisano liso y llano", etc., etc., lo cual en una primera instancia descuidada me infundió un consentimiento que después descubrí, compulsando realidades documentables, de una flagrante falsedad.

ORIGEN Y JUVENTUD DE RIVERA

Su padre, Perafán de la Rivera, oriundo de Córdoba del Tucumán, y su madre, los dos bonaerenses, vinieron de Bs. Aires entre 1874 y 1878, sin que se encuentre la partida de nacimiento de quien fuera bautizado como José Frutuoso. Asistió a una escuela de Peñarol, y allí logró una modesta alfabetización, la que le permitió firmar como "Frutuoso". Sus padres eran dueños de 270.000 cuerdas en San José, y una buena extensión al norte del Río Negro, frente, río por medio, a los extensos campos de Julián Gregorio de Espinosa, en Soriano, con quien Rivera mantuvo una prolongada amistad y una inclinación compartida hacia la propiedad territorial, vecinos amistosos como eran. Contrajo matrimonio con Bernardina Fragoso, relación que superó la confluencia de numerosas relaciones amorosas de "Frutuoso". Su temprana práctica militar le permitió integrar el contingente patriótico que en 1811 siguió a la orden de Artigas hasta Las Piedras y el sitio a Montevideo. A fines de ese año, entre las nutridas huestes del que Clemente Fregeiro llamara "El Exodo", se destacaba entre las mejores provistas vértebras de aquellas pobladas columnas las siete grandes carretas con 16 esclavos negros de la familia Rivera. Y allí se estableció su relación con Artigas, quien no pudo menos que recurrir varios años a los servicios de quien conocía muy ampliamente nuestra campaña. Su actuación en los años siguientes no fue de particular destaque, pero a fines de 1814, un incidente poco común pudo darle a Artigas la pauta de sus características contradictorias.

LA DESNUDEZ DE RIVERA

Sobran los documentos que demuestran en realidad "la antipatía con que lo apreciaban". Por ejemplo el episodio que ocurrió a fines de 1814 a pocos kilómetros de Mercedes, cuando los invasores porteños de Dorrego habían ingresado a la Banda Oriental. Puede leerse en la "Historia de la Dominación Española" de Frco. Bauzá (T. 2, p. 213):

"Vino la noticia de que los blandengues se habían sublevado alegando motivos personales de enojo, abandonando el campo. El disgusto provenía de haber abofeteado Rivera momentos antes a un blandengue, y como tan impropia manera de reprender fuera desconocida en el cuerpo, uno de cuyos capitanes había perdido el puesto por orden

de Artigas por haber castigado con su espada a un soldado de su compañía, la indignación contra Rivera se hizo general mientras algunos jefes corrían a la tropa. Rivera tropezó con un montón de blandengues que ya se iban por su cuenta, y al reconocerlo lo atropellaron, lo desnudaron y lo persiguieron hasta obligarlo a esconderse en el infiernillo de una atahona". Los blandengues eran mandados por Sotelo y López. Artigas, notificado, hizo ir a oficiales y soldados a su campamento, sin que Rivera se animara a abrir la boca; y Artigas, después de oírlos a todos, cerró la conferencia secamente y dijo: "Está bien", y mandó retirar a los oficiales quedando con los jefes para seguir planificando la campaña. Es decir que "no tomó ninguna medida contra los blandengues, sabiendo sin duda que Rivera se merecía aquello y mucho más". La incidencia es destacable, por cuanto revela características significativas de cualidades propias de las tres partes involucradas: en los criollos su espíritu incapaz de sometimientos arbitrarios, en Rivera, su tendencia a una dominación incontrolada, y en Artigas, su serena y superior conciencia de la justicia que constituía una virtud para él irrenunciable.

LA BATALLA DE GUAYABO (Enero 10 de 1815)

Y a comienzos de 1815, la Batalla de Guayabo, victoria contra los porteños, dio lugar a un error que sigue imperando en muchos, atribuyendo a Rivera un triunfo que correspondiera a Artigas. Y fue el historiador Jorge Pelfort quien nos hizo llegar la versión verdadera de lo ocurrido. Dice Pelfort: "Rivera entró en la batalla como Comandte. de Milicias, así como Rufino Bauzá lo hizo como Comandte. del Regimto. de Blandengues, pero **AMBOS A LAS INMEDIATAS ORDENES DEL PROCER.** Basta leer una publicación oficial de la jerarquía del "Archivo Artigas" (T. 17), este oficio de Artigas a Rivera. "Usted reúna toda la gente que pueda, y mañana arree cuanta caballada se encuentre y marche por las puntas de Arerunguá, buscándome en aquel paraje. Mandé chasque a Don Rufino para que no se ensarte, que no se duerma tanto. Yo ya lo hice esta mañana para que mudase de dirección tomando **hacia el Arapey.** Haga V. esta diligencia, diciéndole que no se duerma tanto. Cuartel Andante, enero 4 de 1815, José Artigas". Terminantes órdenes a Rivera para que se le reuniera. En cuanto a Bauzá, a quienes **otros también han pretendido triunfador supremo del Goayabo,** se advierte

poca confianza del Jefe, que no se ensarte, que no se duerma tanto. La estrategia básica de la batalla consistió en que Rivera se hiciese presente hasta una hondonada donde Artigas había hecho emboscar a Bauzá por medio de su ayudante, capitán Faustino Tejera, así: "Ataque Ud. de firme, no pierda tiempo en guerrillas, Ud. sabe lo escaso que estamos de pólvora". Con el cap. Tejera, Artigas le envía a Bauzá seishombres de su escolta personal con la advertencia de ser "la única fuerza de que podía disponer para mandarle". Creemos pues que no se requieren especiales conocimientos militares, para reducir a cargo de quién estuvo la suprema comandancia en la acción de Goayabo. Pero si alguna duda aún cupiera, ahí está la palabra de quien estuvo siempre junto al prócer, desde Las Piedras hasta la frontera paraguaya, el Cnel. Faustino Tejera. "El Cnel. Faustino Tejera fue ayudante directo del Gral. Artigas en la acción del Goayabo". Así, durante siglo y medio, nuestros historiadores oficialistas han estado escamoteando a Artigas uno de los espléndidos triunfos militares que obtuviera en nuestro país. Incluso no falta algún ingenuo que se pregunte por qué no se ha publicado nunca el parte de esta batalla, así como conocemos el de Las Piedras. Contestamos que es debido a la muy sencilla razón de que al entrar en guerra bajo el gobierno de Bs. Aires, Artigas no dependía ya militarmente de NADIE y no se le iba a ocurrir redactar y enviar un parte de sí mismo. No se extravió pues, como sugieren algunos, sino que **NUNCA EXISTIO.** Lo que no hubiese sucedido si el triunfador del Goayabo hubiese sido algún subordinado de Artigas.- Pero no importa que nadie pueda repetir nada de esto por ser irrefutable. Agreguemos además lo que le fiel Ansina escribiera en su fidelísimo relato de la vida de Artigas, citando como Jefes en Guayabo a Artigas y Bauzá, relegando a Rivera como un subordinado. Y Jorge Pelfort nos viene de enviar nuevos datos corroborantes, que aquí resumimos dada su extensión: 1.- Un relato de Pacheco reproduciendo las órdenes dadas a Rivera de "torear" al enemigo para atraerlos hacia el bajo donde Bauzá tenía sus milicias; 2.- Observaciones hechas por Artigas a Bauzá, observándole las demoras con que retrasaba los movimientos; 3.- La prioridad que correspondía a Bauzá como Jefe de Milicias, sobre el mero capitán que era Rivera; 4. El relato de Artigas rememorando la que llama "Mi victoria, con un "Mi" victoria, con un "Mi" que se ha sustituido algunas veces por un

acomodaticio "Nuestra..." y 5.- La inexistencia de un "Parte" final de una batalla que él mismo había conducido, y no algún subordinado que lo hubiera hecho por orden superior.

Rivera simulaba una subordinación que no sentía, y de ahí que sus soldados se resistían a continuar a las órdenes suyas. Se sabe que en 1813 el Gral. Pagola llegó a ordenarle que se retirase a su casa. Fracasos como el de India Muerta en 1815 fueron consecuencia de sus deficiencias como jefe, siendo entonces batido y dispersado completamente (Notas de Carlos Anaya, Arch. Gral., Libro 66).

EN VIDA DE ARTIGAS

El Reglamento de Tierras resuelto por Artigas en 1815, fue sin duda el motivo determinante de la desavenencia (pocos años después odio mortal) que separó a Rivera de Artigas, al enterarse que se consagraban derechos a "los más infelices", a los charrúas, a quienes Rivera rechazaba como una amenaza constante contra sus propiedades. Desde entonces se agudizó una animadversión creciente contra quien era para él un feroz perseguidor de los indígenas orientales. Tal lo que expresará Rivera en múltiples oportunidades, hasta una expresada en la prensa brasileña por Rivera el 19 de junio de 1823 (día en que Artigas cumplía 59 años); "V.E. se decide y me invita a defender la Independencia de la Patria (...) creyendo en una Independencia absoluta, cuando yo estoy convencido de que sólo puede haber una Independencia relativa. Nunca fue la Banda Oriental menos feliz que en la época de su desgraciada independencia, la del despotismo y la anarquía" (se refiere a la de 1815), (Edo. Acevedo, "Alegato Histórico", III, pág. 685). Tal lo que experimentara Rivera cuando la Reforma Agraria artiguista de 1815, por la que resultaban afectadas sus extensas propiedades al Sur y al Norte del Río Negro.

RIVERA RECHAZADO POR LOS JEFES

Los jefes orientales expresan que la noticia de que Rivera había sido designado Jefe Superior del Ejército del Sur "cayó como una bomba", con la impresión habida de los desastres de India Muerta y de Casupá, "no redimidos en ningún hecho que justificara tan inesperada promoción (Fed. Bauzá, T. 2, p. 292) al mando superior". Lo vieron como un guante

arrojado a sus aspiraciones patrióticas. En nota posterior dijeron dichos jefes que "no había la menor reciprocidad y confianza" entre ellos y Rivera, y eligieron como Jefe Interino a García de Zúñiga, notificándolo a Artigas, quien contestó rechazando dicha resolución, ante lo cual G. de Zúñiga renunció. Y los oficiales diciendo que "eran tan positivas las declaraciones de Rivera por la salvación", convenía que abandonara el mando como homenaje a los principios que alegara. Y Rivera quedó en un puesto en el que era "visiblemente impopular y malquerido". Y se produjo el desbande de G. de Zúñiga y de otros jefes. Y pocas semanas después se produjo la retirada de Rivera en "El Rabón", nuevo fracaso; a poco sufrió la derrota de Arroyo Grande el 28 de octubre, desastres que incidieron en el desánimo de los orientales. Y desoyó el llamado que le dirigiera Artigas para que se le reuniese.

SIGUE SIENDO RECHAZADO

En 1817 (datos de Anaya) Artigas llegó a enterarse y a interrumpir los auxilios que, sin su anuencia, le enviaban desde Bs. Aires a Rivera, e hizo regresar a Bs. Aires al oriental Adriano Mendoza, mensajero de Pueyrredón, amenazándolo con fusilarlo. Rivera se desmoronaba íntimamente ante el primer amago de dudas de la autoridad de que dependía (Artigas entonces), cuyo apoyo lograba con engaños y perfidias rastreras, o con "retiradas" en las que era especialista (vocacional) y de las que siempre se enorgullecía. Su objetivo, entonces en agraz, era lograr mandos, la añorada "Silla Suprema", accediendo incluso (entonces y mucho después) a Lavalleja, como a cualquier grupo que se le adjuntara (Datos y observaciones de Anaya).

El 3 de marzo de 1819, recién fugado de una prisión portuguesa en Montevideo, el Cnel. Gorgonio Aguiar -que junto con Andrés Latorre eran los dos hombres de mayor confianza de Artigas- comunica a éste que Rivera, "cediendo a influencias de personas muy notables en el país, se ha dejado seducir y se halla en un estado inevitable de rebeldía, de desobediencia y de abandono (en "Gorgono Aguiar", de José Leandro Ipuche). Y el 3 de abril de 1820, continuando con su prédica antiartiguista, Rivera escribe a Juan Bautista Burgos, el caudillo federal de Córdoba; y alude a "los funestos resultados" que tuvo la invasión proyectada por Artigas, pero -agrega- "nunca conseguí que mis consejos merecieran atención".

No concibiendo Artigas la doblez de Rivera, lo ratificó como Comandante en Jefe. Pero persistía en los otros jefes la enorme frustración que habían provocado los desastrosos encuentros de India Muerta y Casupá. Se propuso como Jefe al Cnel. Tomás García, según consta en el acuerdo firmado el 23 de mayo por nada menos que 36 oficiales, entre ellos los Bauzá y los Oribe. Y los apoyó también García de Zúñiga, quien, en carta a Otorgués el 28 de mayo, declara "la excesiva imprudencia con que los trataba Rivera", quien expresara, por su "mucha impetuosidad y falta de una decente moderación en trato ha traído "luto para la Provincia" y un "solemne triunfo para los enemigos". Las órdenes de Rivera fueron entonces desobedecidas gritando hasta los soldados -expresa Ant. M. de Freitas en su documentado libro "El levantamiento de 1825"- "que ño lo querían para que los mandara, preparándose todos para irse a la Colonia", tal vez para seguir hasta Bs. Aires. Rivera amenazó atacarlos, e insultó a los más decididos. El desorden fue vasto, llegando el 9 de junio la orden de pacificar las cosas y la ratificación del mando de Fructuoso, aunque a poco lo sustituyó por Otorgués, quien también incurrió en desmanes, siendo destituido. Los orientales le pidieron a Artigas la destitución de Rivera, y reclamaban como Jefe a García de Zúñiga. Pero Rivera supo ofrecerse como adicto, mientras, por otra parte, el 25 de febrero del 17, Pueyrredón le escribía a San Martín, diciéndole: "Me estoy entendiendo con Rivera" (Datos de Freitas en su libro).-

Resultado: Oribe, Bauzá y Zúñiga se retiraron a Bs. Aires con el permiso benevolente de Lecor, mientras Rivera se conectaba bajo cuerda con los antiartiguistas porteños y entrerrianos.-

SU AMENAZA MORTAL CONTRA ARTIGAS

El 25 de enero de 1820, Lecor escribía desde San José que personas de íntima amistad con Rivera lo habían ya seducido para "ponerlo de acuerdo conmigo en el caso". Pero -como reconoce Fleitas- Rivera "reconocía la inmensa superioridad de Artigas", y por ende se mantenía en apariencia indeciso, aunque consciente de que, con la anuencia de Lecor podía esperar confiadamente en que "pasaría a ser poco menos que el dueño de la Banda Oriental".

El Tratado del Pilar del 20 de febrero de 1820 concretó la conjura de

los contrarios a Artigas, Frco. Ramírez entre ellos. Y Rivera aprovechó la ocasión, y llegó a alabar a "los inmortales López, Ramírez y Sarratea, tan libres como los tres suizos que iniciaran la felicidad de su patria". Y le escribe a Ramírez el 4 de marzo, delatando a Artigas entre los que satisfacen "sus bajas pasiones"; y el 4 de abril eleva el tono: "Nunca buscaré otras causas destas desgracias y sin conocimiento del corazón humano para derogarlo." Y señala "la necesidad de disolver las fuerzas del Gral. Artigas, principio de donde emanarán los bienes generales y particulares de todas las Provincias, al mismo tiempo que será salvada la humanidad de su más sanguinario perseguidor. Los monumentos de su ferocidad existen en todo este territorio; ellos excitan la compasión y mucho más a la venganza."

Diez días después vuelve a dirigirse a Ramírez, y le dice: "Todos los hombres, todos los patriotas, deben sacrificarse hasta lograr destruir enteramente a Don José Artigas; los males que ha causado al sistema de libertad e independencia, son demasiado conocidos para nuestra desgracia (...) nombrando al Monstruo parece que se horripilan" (junio 13). Todos deseamos, dice después, ultimar al tirano de nuestra tierra." "No tiene otra historia Artigas que el de desorden, fiereza y despotismo (...). Son muy marcados sus pasos, y su conducta actual con esa provincia patriota justifica su despecho." Se deduce como muy probable que Rivera haya ido a pelear contra Artigas ("puedo asegurar que lo conseguiré", decía) aunque no dejó constancia escrita de su voluntad destructora. Y todo consta en cartas por nadie puestas en duda.

Carta de Rivera a Francisco Ramírez. El texto manuscrito dice: "Y persuadiré q^e lo deca en S.E. en q^e V. acaba con Artigas" y "q^e p^o este Contrato en cuanto a los Est. en el Poder." y "Com respecto a q^e yo voy a Opedarlo para Acabarla q^e lo conseguiré, advertiéndole q^e deve alargar este permiso en favor del Cuerpo representativo de la Provincia para poder pasar a Otta, mas tengo fundadas Esperanzas en que todos los S^{tos} q^e en favor este Cuerpo no se Opudian a Sus Actos ni lo más, cuando ellos sean Uellamos de tiranos de Nuestra tierra."

Carta de Rivera a Francisco Ramírez.-
Destacamos con subrayados los pasajes "acaba con Artigas" y "ultimar al tirano de nuestra tierra".

lo en lo sucesivo es de necesidad destruir las fuerzas
del general Artigas, principio de donde emanarán los bie-
nos generales y particulares de todas las Provincias, al
mismo tiempo q^e será salvada la humanidad de su más
Sanguinario perseguidor. Los monumentos de su ferocidad
existen en todo este territorio; ellos excitan a la compasión y
mucho más a la venganza.

Padecí los hombres, todos
la Patriotas. Deben sacrificarse hasta lograr destruir en-
teramente a D. José Artigas; los males q^e le causado al sistema de
libertad e independencia son demasiado conocidos p^a nuestra desgra-
cia y por eso excusado detenerse en comentarios, cuando nombrado
al Marqués para q^e se le hiciera - No tiene otra historia Artigas
q^e el de desorden, fiereza y Despotismo; excusado preguntarle
cuál es el q^e dice. Son muy marcados sus pasos, y la conducta ac-
tual q^e tiene en un período Patriota. Justifiqué en Despecho.

Cartas de Rivera a Francisco Ramírez.- Subrayamos en una
"será salvada la humanidad de su más sanguinario
perseguidor" y "Los monumentos de su ferocidad". Y en la
otra "lograr destruir enteramente a D. José Artigas", "No tiene
otra historia Artigas qe. el de su desorden, fiereza y
Despotismo" y "Son muy marcados sus pasos".

ATENTADO CRIMINAL CONTRA ARTIGAS

Esas injurias de Rivera tuvieron las más amplias consecuencias. Artigas no llegó a ser asesinado, pero acosado por Ramírez, que excitado por tan punzantes acusaciones le llevó tan violentos ataques, no tuvo otra opción que entrar al Paraguay, mientras Rivera concretaba su alianza con Lecor, quien le adjudicó la Comandancia de la campaña oriental.

Nicolás Herrera le comunica a Rivera por carta (ver Fleitas) las partidas con que los portugueses retribuyen a los orientales "sociales", aludiendo con ese término a lo recibido por Lucas Obes. Y Fructuoso era digno de ese apelativo. Y N. Herrera menciona además el aporte que conviene enviar a Bonifacio Isás (a) Calderón; pero aconseja hacerlo con disimulo, para despistar a quienes acusan a Rivera por haberse "enriquecido"... Por su parte Lavalleja le escribe a Fructuoso expresándole su asombro ante la "influencia extraordinaria" que comprobó había demostrado ante los portugueses. Y al decidir el Congreso Cisplatino por unanimidad la incorporación de estas tierras a la corona portuguesa, entre las 16 firmas allí incluídas figura la de Rivera, aunque por cierto no era muy necesaria...

DESVALIJA A LAVALLEJA

Habiendo regresado Lavalleja al país en 1822, su estancia en Clara (Tacuarembó) fue desvalijada al poco tiempo por Nicolás de Herrera por orden de su tío político Rivera. Lavalleja pudo huir a Entre Ríos, y N. Herrera se llevó todas las haciendas para llevarlas a San José como alimento de las tropas allí existentes entonces. Don Frutos se apropió de la tropa de carretas con las correspondientes boyadas, y comisionó a José M. Raña para que las vendiera a Río Grande, tal vez por orden de los portugueses (ver Hunter). Ante reclamos de Ana Monterroso de Lavalleja exigiendo los intereses de su marido e hijos, N. Herrera le contestó que hasta las sillas de la casa le iban a quitar (documentos recogidos por Salterain de Herrera).

Muy importante como asesor de Rivera y hombre clave la política y la economía, con Lecor y posteriormente con la oligarquía montevideana, fue el Dr. Lucas Obes, enemigo acérrimo de Artigas (quien eventualmente lo tuvo preso en Purificación). L. Obes fue sin duda el creador, sostenedor y virtualmente el "fundador del Partido Colorado", no siendo Rivera sino

un ejecutor de sus intenciones e incluso el firmante de las aviesas cartas que le redactaba L. Obes. Se acentuó de ese modo la mortífera enemistad de Rivera contra los nativos y los charrúas, llegando así su antiartiguismo a su máxima expresión. Y fue así que los donatarios de tierras de acuerdo al Reglamento artiguista de 1815, fueron reconocidos con sorna leguleya como poseedores "de buena fe", inocentes afectados por la culpable decisión de Artigas, al disponer de lo que no era suyo.

ORIGEN DE SU FORTUNA (Pedro M. García)

Los ocupantes de las tierras situadas al Norte y al Este de Soriano, debieron así evacuar, con toda su "buena fe", una extensión de 18 leguas cuadradas, y entre los repuestos estuvo entonces, bajo la servicial intervención de Rivera en su carácter de Comandante de Tierras, D. Pedro Manuel García, español ocupante de esa extensión desde hacía más de 30 años. Y aunque esa intervención de Rivera no se ha logrado documentar, hemos encontrado por nuestra parte un documento que no deja dudas al respecto. Se trata de las escrituras de un campo de Arturo Zugarramurdi, en donde consta que el 24 de noviembre de 1836, Fructuoso Rivera vendió a Juan Tomás Núñez un campo de seis suertes de estancia (12 mil hectáreas) situado al sur del Río Negro, entre los arroyos Laureles y el Tala, hasta la cuchilla de Navarro por el Sur, es decir, una fracción de los campos de P.M. García, que iban desde el Arroyo Cololó hasta el A. Grande. Se deduce así que esa fracción, como se informara antes, fue obsequiada por P. M. García a F. Rivera como pago por la anulación del Reglamento de Tierras artiguista. La donación de P. M. G. se efectuó el 3 de octubre de 1831, estando fresco el recuerdo de la aniquilación de charrúas que había consumado Rivera. Posteriormente, el 22 de noviembre de 1840, Núñez vendió el campo a Rivera, propietario que, esta vez, debió reclamar la propiedad plata en mano. Y en enero de 1857, fallecido Fructuoso, Bernardina lo vende al hijo Bernabé, quien en 1861 lo vendió a Pedro Nicolás Orosa, y éste a Mac-Call en 1864. Y pasó por otras manos, en 1900 por las de Centurión, años después por las de un Chopitea, pariente de los Berro, etc.

ALIADO CON LECOR

Previamente a la invasión de los 33, Rivera adoptó diversas

providencias de acuerdo con Lecor. Incluso Lord Ponsonby lo comentó por carta. Fraguaba con jefes brasileños y con Isás la unión de la Provincia Oriental con la del Río Grande. Hubo un tropiezo, cuando habiendo Rivera sacado "furtivamente" ganado de varias estancias, Isás debió controlarlo. En agosto de 1824 le había contestado a Lavalleja con una "insolantez", cuando le exigía que le devolviera carretas, caballos, bueyes y cueros. Lecor leía cuanta carta recibía Rivera, a quien trataba con gran consideración, ascendiéndolo a Brigadier, e intercediendo para que desde Río de Janeiro le enviaran diez mil pesos a Rivera para que pagase sus deudas de juego. La relación Rivera-Isás se fortaleció, intercambiando cartas en marzo de 1825. En la de febrero 17, Isás se auto-calificó "su más fiel y afectísimo amigo". Rivera, Isás y Lecor se reunían para combinar resoluciones. El 27 de marzo, Rivera escribió a Lecor recomendándole a Isás efusivamente como "un notable servidor". En diciembre 24 de 1824 escribe Gregorio Lecocq a Rivera, invitándolo como "brazo fuerte" y necesario para sostener la unión de las provincias. Y vuelve a escribirle el 1º y el 25 de febrero de 1825. La connivencia entre Rivera y Lecor fue completa y continua hasta el día mismo de la invasión. Desde 1820 hasta 1825 su actuación fue siempre antipatriótica, sin principismo alguno, salvo su cautelosa defensa de la "Independencia Relativa" en contra de toda "Independencia absoluta" que le dificultara oportunos acuerdos; la relatividad era un proceso mucho más manejable...

En 1823, Oribe, con los "Caballeros Orientales", debió enfrentar al relativista Rivera, dos líderes orientales al servicio de dos países extranjeros, combatiendo entre sí (16/3/1823) en el Paso de Casavalle. El Gral. portugués Da Costa, unido a Rivera, resolvió finalmente irse a su país, optando Oribe y sus adláteres emigrar a Buenos Aires, donde Trápani, con la ayuda de Juan Ml. de Rosas, reunían más de veinte mil pesos para la empresa lavallejista.

SU CAPTURA EN EL MONZON

Lavalleja sabía, al salir precipitadamente de Soriano, que el principal enemigo era Rivera, brazo derecho de Lecor. Algunos patriotas, desde Bs. Aires, escribieron a Rivera en la esperanza de que apoyaría a los orientales. Esas cartas, Rivera las entregó enseguida a Lecor,

informándolo de los propósitos anarquistas de los exiliados orientales. Y hoy esas cartas se conservan en el archivo de Río de Janeiro.

Rivera combinó con Bonifacio Isás, más conocido por Calderón, una rápida acometida contra los invasores. Mientras Isás iría por Porongos, Rivera se adelantaría por el Sur, pasando por los Altos del Perdido, combinando el encuentro en las cercanías de Mercedes.

Pero Lavalleja, prevenido, avanzó vertiginosamente. Y fue así que sus enviados como baqueanos sorprendieron a uno enviado por Rivera, quien, engañado oportunamente, creyó que quienes se acercaban eran las fuerzas aliadas de Isás. Fue así que, con reducida escolta, se adelantó a todo galope, y antes de que pudiera desengañarse se vio rodeado por grupos de patriotas que esperaban a su paso. Y entre ellos Oribe, quien se propuso liquidar a quien se había puesto tan indignamente de parte de los imperiales. Lavalleja ordenó que Rivera fuera apresado y recluso en una tienda de campaña con cuidadosa vigilancia, y no en un rancho que, con la acostumbrada invención de muchos "historiadores" de ocasión, se conserva como escenario de un imaginario abrazo. Los reproches de Lavalleja fueron de gran severidad, sin que Rivera, sin reaccionar ante tan inesperada prisión, pudiera interponer excusa alguna. Pero su instinto ventajero lo indujo, al amanecer, a solicitar la presencia de Lavalleja, a quien prometió acompañarlo en su empresa, denunciando para ello la cercanía de su compadre Isás. Y Lavalleja, sabiendo la importancia que tendría esa incorporación, aceptó finalmente esa adhesión, reaccionando ante la natural indignación que sintió al hallarse en la cartera de Rivera dos vales por mil pesos que Lecor le ofreciera por la cabeza de Lavalleja y por la de Oribe. Tal fue lo que historiadores indignamente politizados llamaron "el abrazo del Monzón."

Se repite el error de que la pasada de Rivera a la revolución fue "ESPONTANEA E INCONDICIONAL". Y que Rivera había esperado este momento cinco años, silenciosa y pacientemente, (olvidando decir que cobrando un jugoso sueldo de Brigadeiro). Escribe el mismísimo Lavalleja a su esposa Ana Monterroso el 2/5/1825: "el 29 a las 11 de la mañana **LO HICE PRISIONERO CON LOS SEIS OFICIALES QUE LO ACOMPAÑABAN Y CINCUENTA SOLDADOS**. Cuando me vio me suplicó que le perdonara la vida; al oírlo me incomodé y le hice ver que no era tan ingrato como él." (Rivera lo acató como a un superior).



-(Diciembre 1827) Lo repite Lavalleja al Gobierno de las Provincias Unidas, y en 1833 agrega: "al tomarlo prisionero se le halló en la cartera una autorización para que ofreciese mil pesos al que le entregase mi cabeza y otros mil por la de Oribe."

SOBRE EL MONZON

-En mayo 28/1837, al acreditar Lavalleja los servicios de P. Zufriategui, agrega: "El 28 de abril fue de los que contribuyeron a la prisión de Rivera con su Estado Mayor, quienes se oponían a nuestra empresa de liberar el país; (y agrega): Le serví a Rivera de escudo al justo resentimiento de mis conciudadanos."

-MANUEL ORIBE. (Escribe a Luis de la Torre en mayo 2, 1825) "El 29 tomamos a Frutos; se vino con 50 hombres en el Ao. Gde. sin escaparse un solo hombre."

-Desde Mercedes, mayo 7, 1825, vuelve Oribe a escribir a Barreto: "Acaban de llegar dos hombres, confirmando que el Brigadier Rivera ha sido entregado al enemigo por su propia gente y que éste se reunió también al enemigo." El 10 de mayo vuelve a escribir a Barreto desde Mercedes, comunicando: "Frutos ya no está prisionero, sino comandando una fuerza de 400 hombres."

-ENRIQUE FERRARA (cnel. brasileño que fue prisionero de los patriotas; escribe a Lecor el 15 de mayo, 1825). Dice: "Lavalleja había sorprendido a Rivera cerca de El Perdido; Rivera le rogó que no lo matara, que haría todo lo que Lavalleja quisiese. Rivera fue desarmado, así como su ayudante Pozzolo y la escolta; las órdenes que yo había recibido hasta entonces de Rivera eran oponerme a las tentativas de Lavalleja y reforzar la partida de Laguna."

-JOAQUIN ANT. RAPOSO. (Confidente de Lecor, escribe a Luis Harvide el 12 de junio, 1825): "Rivera ha caído prisionero; aunque no estaba comprendido en las maquinaciones de Lavalleja, su conducta posterior lo revela el mayor de los malvados."

-NICOLAS HERRERA.- Rectifica información en la que se decía que Rivera conocía las intenciones de Lavalleja; dice ahora a Lucas Obes el 23 de mayo: "Lavalleja a los 15 días de invadir había hecho 213 prisioneros, entre ellos Rivera." Dos semanas después comunica: "Lavalleja se valió de informaciones para sorprender a Frutos, quien

pillado fue hecho entrar por Lavalleja en sus planes, a lo que se prestó, o por miedo, o por creer oportuna la ocasión."

-UN OFICIAL BRASILEÑO.-(No recuerdo el nombre). Dice entre otras cosas que "Rivera cayó en la ratoeira" (cayó en la ratonera).

-Habiendo Rivera combinado con Calderón un encuentro al entrar éste a Soriano por Porongos, venía Rivera por el sur con unos 50 milicianos, y al entrar al depto. de Soriano vio a lo lejos algunos soldados creyendo que fueran de la vanguardia de Isás, pero notó movimientos sospechosos, ordenó tirar sobre ellos, y cuando ya estaba dispuesto a saludar sable en mano a Calderón, resultó rodeado por aquellos desconocidos.

-En su "Biografía del Gral. Rivera", dice Carlos Anaya: "Si para algunos aún fuese dudoso que el Brigadeiro Rivera fue PRISIONERO de su compadre Lavalleja, están como testigos sus 32 compatriotas y otros como el cap. Leonardo Olivera, y dígalo el Comandte. Oribe que le desprendió el sable de la cintura, y díganlo en fin los INFINITOS que lo saben." Agrega que "Lavalleja lo conocía de cerca y no lo perdía de vista; pese a los esfuerzos haciendo más transparente su calidad de PRISIONERO."

-Memorias del Almirante Guillermo BROWN: "Lavalleja reunió en pocos días una numerosa columna y tuvo la buena fortuna de sorprender y TOMAR PRISIONERO al Gral Fructuoso Rivera, quien al servicio portugués había marchado a la Colonia con una pequeña fuerza, luego que se recibió la noticia del desembarco de los patriotas, para arrollarlos antes que pudiesen reforzarse."

-También ANTONIO DIAZ FERRARA, el espía brasileño RAPOSO, VAZQUEZ y los historiadores ENRIQUE DE GANDIA, CLEMENTE FREGEIRO, BERRA, etc. se pronunciaron sobre el APRESAMIENTO de Rivera.

-SPIKERMANN que lo vio todo, relata como Rivera rodeado por los soldados de Lavalleja reconoció su error, y pidió a Lavalleja "Perdóneme la vida", contestando Lavalleja "No se portó Ud. así cuando me persiguió por orden de Lecor."

-CEFERINO DE LA TORRE escribió Memorias que publica la Revista Nacional N° 57; relata que cuando Rivera trataba de unirse con su amigo Calderón que venía desde Trinidad, su amigo y frustrado asesino

de Lavalleja, un chasque declaró que "Rivera CONTRES MIL HOMBRES estaba acampado en la estancia de Cayetano Olivera", y que cuando supo el desembarco de Lavalleja salió aumentando su escolta a SETENTA U OCHENTA HOMBRES esperando la incorporación de Calderón."Y después dice: "Pasó Rivera al galope cerca de ellos (Atanasio Sierra y otros) y los saludó con la cabeza creyendo que eran los chasques de Calderón, hasta que penetrado entre la fuerza, reconoció su engaño. Se le acercó Lavalleja mirándolo como su PRISIONERO. Lo desarmaron y se lo puso en la guardia de prevención, etc.

-Memorias de LUCAS MORENO, publicadas por Edo. Moreno en "Memorias de la Guerra Grande", Montev., 1925, pág. 29 a 37. Dice: "Tomando el chasque (enviado por Rivera a Calderón) declaró que Rivera CON CINCUENTA Y OCHO hombres quedaba acampado en la estancia de Cayetano Olivera, a seis leguas de allí." Lavalleja dispuso que Oribe y Sierra se apostaran, y que se Rivera reconocía su error y quisiera escapar, le bolearan el caballo y TOMARAN PRISIONERO; pero Rivera siguió hasta encontrar la cabeza de la columna de Lavalleja, donde FUE PRESO y desarmado, costándole esfuerzos a Lavalleja contener a sus compañeros que querían matarlo."Y agrega: "Rivera FUE PRISIONERO E INCOMUNICADO Y DESTINADO A SER FUSILADO como el más vehemente defensor de la causa del imperio."

OTRAS VERSIONES FIDEDIGNAS

BRITO DEL PINO AUSCULTA Y OPINA

(Versión publicada de Jorge Pelfort)

Si hay algún libro que jamás podrá ser objetado de parcialidad por parte de los colorados es el "diario de la Guerra del Brasil" escrito durante dicha campaña por el general José Brito del Pino. A lo largo del mismo, el autor trasunta una indisimulable simpatía por el general Rivera y una ácida antipatía por Lavalleja. Pero en su anotación del 22 de agosto de 1827, al consultar entre varios protagonistas del Monzón su opinión sobre el hecho -principalmente el entonces Ayudante de Campo del primero, el coronel Leonardo Olivera- Brito anota:

"Se puso (Rivera) al galope y cuando llegó, recién se apercibió de su engaño y de que se hallaba prisionero de los mismos que iba a combatir. Como al verlo todos desnudaron sus espadas, creyó que iba a ser muerto y lleno de terror le dijo a Lavalleja: "Compadre, no me deje Ud. asesinar". Entonces Lavalleja mandó que envainasen los sables y le contestó: "Aunque no merecía otra suerte que morir a mano de sus paisanos a quienes ha traicionado como igual a su patria, he querido demostrar toda la generosidad que nos anima y ver sin con conducta tal de nuestra parte, olvida Ud. su pasado de crímenes y traiciones y entra a hacer causa común con nosotros para libertar la patria". Ya repuesto Rivera de su primer terror, se negó a cooperar, fundándose en que estaba al servicio del Imperio y no podía traicionarlo, añadiendo otras excusas hijas de su mala voluntad.

Entonces replicó Lavalleja: "Pues bien, compadre, piénselo bien hasta la madrugada; si entonces no se ha decidido a volver al camino del honor, será fusilado y la patria vengada": Se le hizo retirar enseguida a una tienda de campaña guardada por centinelas de vista. Estos hacían su servicio una hora relevados por otros y eran Don Manuel Oribe, Don Manuel Lavalleja, Don Manuel Freire, etc. Entregado quedó a sus reflexiones hasta las 2 de la mañana, mas viendo que el término fatal se aproximaba, mandó llamar al general Lavalleja y le dijo: "Compadre, estoy decidido, vamos a salvar la patria y cuente Ud. para todo conmigo". Lavalleja lo abrazó entonces y lo comunicó a los demás".

Por supuesto que, según lo que el señor Vázquez transcribe de De María y de Berra, Rivera quería dar la impresión -especialmente así informaba a sus partidarios- que era él quien mandaba, aunque el propio De María (libro V, p. 64) aclara que Lavalleja lo nombró "Segundo Jefe

del Ejército Libertador", lo cual será ratificado por la Asamblea de la Florida.

LA PALABRA DE LAVALLEJA

Tres días después del episodio, sin pensar obviamente que su carta íntima pasaría a la Historia, Lavalleya describía a su mujer el "inmediato fraternal contacto":

"...tuve noticias que Frutos venía en marcha de la Colonia a incorporarse a una fuerza de 300 portugueses...y me propuse perseguirlo día y noche y el 29 a las once de la mañana lo hice prisionero con 6 oficiales y 50 soldados que le acompañaban. No te puedo pintar cuál fue la situación de aquel hombre cuando se vio entre mis manos: me suplicó le librara su vida... Yo traté de sacar de este acceso IMPREVISTO todas las ventajas y lo primero fue HACERLE HACER un oficio para el coronel Borba que se hallaba en San José para que saliera con toda su tropa y poderlo sorprender...".

Pasemos por alto las opiniones coincidentes de los otros dos jefes principales como Oribe y Zufriategui o de oficiales brasileños y veamos qué se escribían entre sí los dos mentores políticos de Rivera, servidores de la usurpación, o sea Nicolás Herrera a Lucas Obes (23.V.25):

"De allí Lavalleya destacó partidas a tomar dos pasos...lo que consiguió en término de haberle servido para SORPRENDER a Frutos. PILLADO éste, LO HIZO Lavalleya entrar en sus planes a lo que se prestó, o de miedo o porque abrigaba estas ideas y le pareció oportuna la ocasión". Más que oportuna: de "sí o sí" como se dice ahora.

EL DOCUMENTO QUE FALTO A MANINI

Y pongamos fin al tal manido tema con la conocida frase de que "a confesión de parte relevo de prueba", con estos párrafos de una carta escrita tan sólo 6 meses después (28.X.25) a uno de sus protagonistas, el general Pablo Zufriategui, que puede leerse en "Correspondencia Militar de 1825" tomo II, pág. 258, publicado en 1935 por la División Historia y Archivo del Estado Mayor del Ejército:

"...desde que YO ME RENDI al Ejército, e impartí las órdenes que HALLABA A BIEN IMPARTIR EL SEÑOR GENERAL (Lavalleya)...";
Firmado: Fructuoso Rivera.

EL INGENUO DR. GOEBBELS

Cuando Joseph Goebbels estableció su famoso teoría que para hacer creer que la luna es de queso no hay más que repetirlo constantemente, ignoraba que la misma llevaba ya un siglo de existencia en un pequeño y remoto país sudamericano. Pasará otro medio siglo y cuando pocos ya recuerdan la existencia del locuaz Ministro de Propaganda del Tercer Reich, la idea que él ingenuamente creyó haber inventado se sigue manejando.

Esperemos que a fines de abril de 1988 si aún andamos por estos mundos, no nos obliguen a salir nuevamente a la palestra a rebatir los mismos puntos, aburriendo al país y a nosotros mismos con el tema".
(Jorge Pelfort)

-(En Setembrino Pereda, "La leyenda del Monzón", p.70) "He llegado a este punto para esperar a Bonifacio Isás que viene de Durazno" (dice Rivera en carta a Olivera). Y dice Spikerman en carta que reproduce Pereda: "Cuando llegó Rivera a gran galope con su escolta sujetó los caballos como a media cuadra, siendo rodeada con la fuerza apostada". "Lo primero que dijo Rivera al encontrarse con Lavalleya, fue: "Perdóneme la vida y hágame respetar", y Lavalleya contestó: "No tenga cuidado; no se portó así Ud. cuando me persiguió por orden de Lecor" "Después Rivera prometió entregar sus fuerzas".

-(Carta de Lavalleya a su esposa Ana Monterroso, el 2 de mayo de 1825, transcripta por Fleitas en su libro "el levantamiento de 1825"). El 29 a las once de la mañana lo hice prisionero a Rivera con seis oficiales y 50 soldados. No te puedo pintar cuál fue la situación de aquel hombre al verse entre mis manos; me suplicó le librara la vida; a estas expresiones me incomodé y le hice ver que no era tan ingrato como él, y le dio órdenes que Rivera obedeció.

-Laguna, lugarteniente de Rivera, no tenía orden de plegarse a la Cruzada, lo que obliga a pensar que Rivera no estaba de acuerdo con Lavalleya. (En "La Emancipación Oriental", Reyes Abadie, Bruschera y Melogno, p. 57).

-El "abrazo" del Monzón no fue sino un acuerdo que no habría de durar mucho.

-Rivera le entregaba a Lecor las cartas con noticias de movimientos patriotas que le enviaban desde Bs. Aires. Lecor se lo comunica a Ferrara

(enero 26/1825) y agrega: "Don Frutos va a responder de modo que ganemos tiempo para tomar las medidas convenientes" (p. 139, Fleitas). Lecor le envió después dichas cartas a Ferrara. Reyes Abadie, Bruschera y Melogno coinciden en que Rivera fue tomado prisionero (p. 56).

A Rivera le fracasó el plan con Calderón de liquidar a Lavalleja, así como 5 años antes se había propuesto liquidar a Artigas, y después a Oribe y a tantos otros orientales.

RIVERA Y LAVALLEJA

Después del "abrazo" (?) del Monzón, Nicolás Herrera, uno de los más conspicuos familiarizados con Rivera, le escribía a otro compinche principal, Lucas Obes, y le decía: "Lavalleja sorprendió a Rivera. Pillado éste, lo hizo entrar en sus planes" (todos eran "planes", ni hablar de "ideales"). Y seis meses después, en una carta dirigida a Zufriategui, Rivera confesó lo ocurrido; "(...) Desde que yo me rendí al ejército, e impartía las órdenes que impartía Lavalleja" (Tomo II, pág. 268; Arch. del Est. Mayor del Ejército, 1935) Lavalleja le dio plazo hasta la madrugada, encerrado como estaba en una "tienda de campaña" que, una hora cada uno, cuidaban Oribe, Freire y Manuel Lavalleja. Rivera confesó que entonces dijo que "iría con ellos a salvar la Patria", y Lavalleja creído él, lo transmitió a los demás. Brito del Pino, en su diario que escribió durante esa campaña, describe el terror que sufrió Rivera cuando fue apresado por varios patriotas sable en mano, diciéndole a Lavalleja: "Compadre, no me deje usted asesinar, ordenando Lavalleja que envainaran los sables, reprendió a Rivera por haber traicionado a la Patria. En su Diario, Brito del Pino revela gran simpatía por "mi querido Gral. Rivera". Lo cierto es que para Rivera, Lavalleja era "un imbécil aventurero". En cuanto a Alvear, supo por Mansilla, quien conocía bien a Frutos, y sabe que es un "picarón".

LA BATALLA DEL RINCON

Se sabe de qué manera vergonzosa había tenido Rivera que disparar perseguido por el Brasileño Abreu, indignado desde que Rivera, sitiando Mercedes, le había hecho llegar a sus hijos una invitación **atrayerente**, la que concretó tomándolos prisioneros, provocando la reacción **del padre**, engañado de modo tan indigno, y que lo persiguió más de

cien kilómetros. Era ahora el 23 de setiembre de 1825, y Rivera se había internado en el Rincón de las Gallinas para apoderarse de la caballada que tenían allí los brasileños. Y estaban por retirarse cuando les llegó la noticia que desde Paysandú venían acercándose tropas enemigas.

Rivera hizo entonces lo que hacia siempre: retrocedió y se escondió en uno de los montes. Pero uno de sus capitanes, Servando Gómez, lo desobedeció y resolvió enfrentar a las tropas que se acercaban. Tal lo que relata Brito del Pino en su libro "El Centenario de 1825", reproduciendo las reveladoras descripciones que escribiera uno de los brasileños, Antonio Gadea de Sena Pereira. He aquí lo dicho y escrito:

"Servando Gómez, vigilante y dedicado, apenas descubrió el cuerpo de Jardim que traía delantera a su rival Barreto (viniendo los dos a gran galope desde Paysandú, tratando de aventajar uno al otro), fue el primero en comprender, al ver el estado de esa fuerza y el desorden y descuido en que marchaban, que la victoria era fácil. Esperó Servando Gómez pues el momento favorable, y sin prevenir a su jefe Rivera (quien se había guarecido en un monte) cargó de golpe sobre nuestra fuerza y con tal ímpetu que apenas se pudieron poner en línea 30 ó 40 hombres cuyos caballos aún se prestaban para maniobrar. Pero no pudiendo ser secundados por sus compañeros, cedieron al ataque violento del enemigo, y pagaron con la vida su pericia, disciplina y valor. Confusos, envueltos por Servando Gómez, cuyos soldados estaban todos en condiciones de combatir, y perseguidos sin descanso, debieron precipitarse sobre la retaguardia. Siguió así el desconcierto de Mena Barreto, y el triunfo de Servando Gómez fue por lo tanto completo, pues consiguió desbandar ese segundo cuerpo, hiriendo y matando casi sin resistencia y sin peligro".

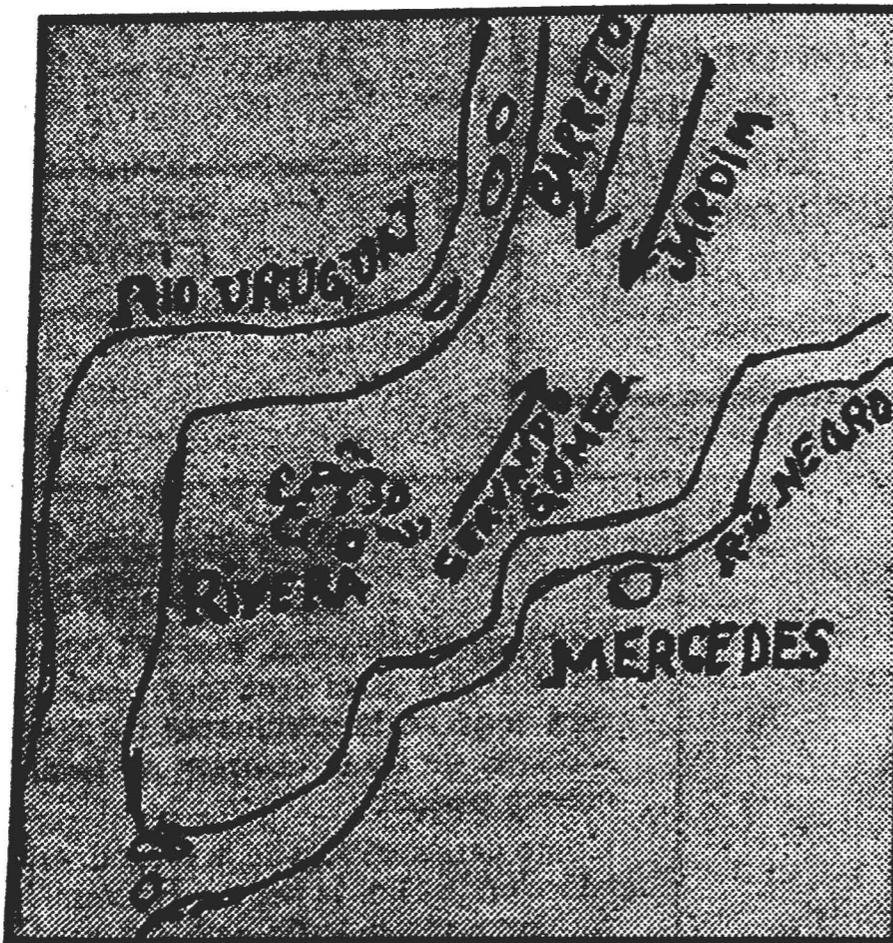
Tal la verdad de lo sucedido. Reitera el soldado periodista la rivalidad que separaba a Barreto y Jardim, vencidos por lo tanto por Servando Gómez, mientras Rivera, dice a continuación, "ficaba encerrado e irremediamente perdido dentro del Rincón" (tal lo reproducido en la página 420).

¿Qué hizo entonces Rivera? En aquellos días sin prensa ni radio, la única noticia que se recibió fueron las cartas que, como era su

costumbre y habilidad, envió a Lavalleja y a su esposa Bernardina...Y así lo recogieron quienes lo convirtieron en historia, como ocurrió cuando Guayabo, en 1814, cuando los vencedores fueron allí el propio Artigas y Bauzá, según lo relatara el propio Ansina, y demostrara entre nosotros el historiador Pelfort.

A tal punto mintió entonces Rivera, que Servando Gómez, vencedor de Rincón, al conocer los infundios que Rivera le comunicara a Lavalleja, renunció seguir bajo el mando de Jefe tan deshonesto, y desde entonces, siguió durante su larga vida al servicio de Oribe, y décadas después con Timoteo Aparicio, quienes serían los llamados "blancos" después de la batalla de Carpintería de 1836, desengañado ante quien desconociera tan indignamente sus méritos indiscutibles. Y repetimos: es increíble que se siga haciendo circular, en ésta como en otras tantas circunstancias, versiones tan erróneas, rindiendo homenaje

a quien, si por algo se destacó, fue por sus disparadas en el Aguila, en India Muerta, en Arroyo Grande, en el Rabón, en las Misiones (que él hizo creer que había sido una "conquista") y que en el Rincón no hizo otra cosa que refugiarse en un monte, atemorizado.



Batalla del Rincón.- Servando Gómez enfrentando a las columnas invasoras de Barreto y Jardim.

PROYECTOS DESESPERADOS DE RIVERA

La actuación de Rivera fue, desde su sometimiento en el Monzón, una fiel expresión de su malévolos moral, consecuencia de su carencia radical de ideales estables. Por mencionar los casos más ruidosos; habiéndose descubierto una "contrarrevolución" traidora que encabezara el cruel Bonifacio Isás (a) Calderón, y que incluía la decapitación de Lavalleja, y siendo Rivera conocido compinche de Calderón, no encontró otra salida, aprovechando el cumpleaños de Lavalleja, que convencerlo de que no se ganaba nada con una pena a muerte, siendo suficiente una descalificación, atención que le permitió a Rivera permanecer como ajeno a esa tentativa criminal.

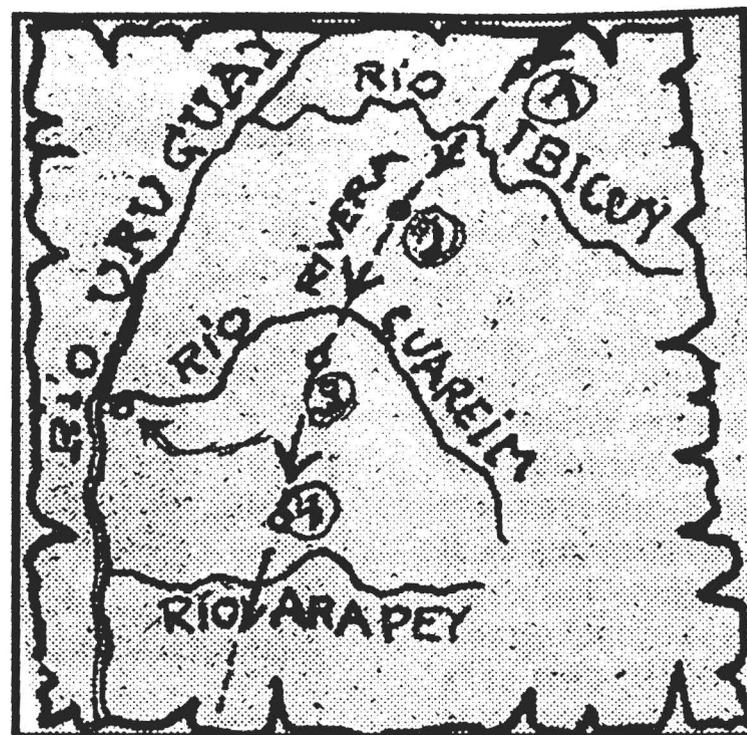
Pero la peor traición fue la que cometió cuando, al retirarse los brasileños de Sarandí, Lavalleja ordenó a Rivera que los persiguiera y redujese. Lo que hizo Rivera fue en cambio acercarse todo lo que pudo, pero sin agresividad, procurando establecer acuerdos con los invasores a través de ríos o arroyos ante los que debían estacionarse algo. La respuesta recibida fue totalmente negativa e insultante; y peor fue la de Lavalleja, quien no pudiendo soportar más las deserciones materiales y morales de Rivera, lo degradó y lo declaró "Traidor", sin más ni más.

Fue entonces que Rivera transmitió a su ayudante Brito del Pino que había tenido un "entredicho y disgusto" con Lavalleja, resolviendo pasar a servir con el Gral. argentino M. Rodríguez, apostado en el norte de Entre Ríos, quien no muy esclarecido por la explicación de Rivera, le pidió a Lavalleja unos 300 hombres para que, con los 400 de Laguna, pudiera dar un golpe a los 700 que tenía Bentos Manuel en Corrientes, creyéndose que, por disgustos internos, quería pasarse al sur del Arapey con un centenar de adeptos. Pero a Rivera se le desertaron casi todos sus acompañantes, y Rodríguez, desconfiado, lo acusó de "imprudente", y más enterado, ratificó el dicitario de "traidor" que supo haber recibido. Rivera, en esos intrínquilos, nunca aflojaba, y decidió seguir a Bs. Aires. Allí, en agosto 15, comparte un brindis con Juan Ml. de Rosas, y el 2 de setiembre pide relevo a los unitarios, pero Rivadavia, muy enterado, decretó su prisión por traición y connivencia con Brasil. Rivera fue entonces detenido por el Comandante de Rosario, quien opinó: "Si lo dejan pasar, nos va a dar muchos disgustos". Y hubo entonces alguna tentativa de acuerdo con Alvear, tentativa que lo llevó a opinar tiempo

después: "Alvear es lo más malo que he conocido". En Bs. Aires, en todos los edificios públicos e iglesias, se expuso la declaración infamante: "TRAIDOR", expidiéndose la orden de que fuese fusilado en cualquier lugar donde se le aprehendiese. Pero el inconcebible Rivera pudo hallar un creyente: el Gobernador de Santa Fé Estanislao López, a quien engatusó con cuentos y proyectos, basándose en la situación desairada en que estaban las Misiones y en la posibilidad de apoderarse de riquezas allí disponibles a raíz de la anarquía en que vivían.

Ocurrió desde entonces la serie de proyectos que Rivera fue forjando, modificándolos y transformándolos durante un par de años, en cuya revisión total no vamos a extraviarnos, limitándonos a mencionar ese historial interminable. Fue así que engatusó a su cófrade santafecino, quien accedió a procurarle un destacamento de unos 300 milicianos. Y con ellos cruzó el Río Paraná y el Uruguay, y llegó a formular una casi discreta propuesta a Lavalleja, siempre con miras de anexiones a la Prov. Oriental; pero no sólo fracasó en ese furtivo contacto vía Soriano, sino que el líder oriental envió al Gral. Oribe para que persiguiera y anulara tan insólita iniciativa. Y se sabe lo que pasó. Oribe procedió con mesura, sin intentar forzar un encuentro que podía ser catastrófico. A dos mensajeros que enviara Rivera, Oribe los mandó fusilar, atribuyéndolos a quién sabe qué maniobras de Don Frutos, quien continuó su paseo hacia el norte, hasta cruzar el Ibicuy y entrar en Las Misiones. La única y paupérrima guarnición que mandaba el titulado Conde Alencastre, se disolvió como agua, entrando así Rivera en una población desvencijada e indefensa, aprovechando tal indefensión para apoderarse de cuanto pudo incorporar, moblajes, campanas de la Iglesia y hasta de 40 mil cabezas de ganado que rodeaban el pueblo, cuya población, seducida por ofrecimientos tan inesperados, rodearon a quien les prometía mejor habitación.

INTENTOS Y ENGAÑOS: LAS MISIONES



La retirada de las Misiones.- Se indican los lugares en donde Rivera recibió las órdenes de retirarse.

DISPARANDO DE LAS MISIONES

Enterados los norteros, impedidos de acercar tropas debido a estar bloqueados por grandes crecientes fluviales, Barreto le hizo llegar a Rivera una orden conminatoria de abandonar el lugar. Rivera, fugitivo vocacional, pensó, como siempre, pensador solapado como era, en lo que le convenía hacer e informar, y así fue que al Gobierno porteño y al oriental les hizo llegar ampulosas autoglorificaciones de su presunta "conquista", comunicando a Bs. Aires la reincorporación a las provincias argentinas que describió como privilegiada, y se dirigió al gobierno oriental con análogas complacencias, exaltando en uno y en el otro caso una feliz conquista para una y otra gobernación, una culminación que, por otra parte, comunicó a las autoridades brasileñas como la gloriosa rehabilitación de una provincia hasta entonces adormilada. Escrito lo

cual en triple y autoelogiosa perspectiva, juntó miles de indios guaraníes y un enorme acopio de bienes extraídos al barrer, y cruzó entonces el Ibicuy, debiendo naturalmente demorar varios días para organizar tan profusas columnas.

Pronto llegó una segunda conminación de Barreto, quien le ordenó que siguieran hacia el lado Sur del Cuareim. Y Rivera, entre un escrito y otro, efectuó al fin el cruce, como si fuera un proceso de triunfador, pero que no era sino una desafortada disparada de las que acostumbraba consumir. Pero sin saber qué hacer con tanta indiada, cuatro mil guaraníes, los condujo hasta el Río Uruguay, y allí, en el rincón con el Cuareim, fundó un pueblo al que llamó, con exultada petulancia, Bella Unión. Mientras Barreto siguió urgiendo que siguiera "más" al Sur, hasta el Arapey.

Tal fue lo que Rivera bautizó la "Conquista de las Misiones", y que, debe reconocerse, le significó, tal como les llegó como noticia a los orientales, una asunción imaginaria de gloria, de la que tanto provecho llegaría a usufructuar.

COMO OBTUVO LA PRESIDENCIA

Y ya se sabe que coincidiendo con hechos tan desconcertantes, se producía otro no menos inesperado: la creación de este país en que ahora lo estoy relatando, creación nacida bajo la orientación de Lord Ponsonby y que fue una solución para dos países abrumados por la crisis, una solución para los pobladores de esta hasta entonces inédito país, y una solución para Rivera, quien pudo entonces acomodar su destino en una situación que volvía improcedentes todas las contradicciones creadas por docenas de informaciones arbitrarias que el "heroico" conquistador había distribuido a los cuatro vientos. Se disolvieron así todos los enfrentamientos habidos y por haber. Y al que le vino más bien fue a Rivera, quien lo había adelantado: "Las Misiones Orientales pertenecen al nuevo Estado Oriental", cuando en abril de 1828 había afirmado que "las Misiones han sido y serán siempre parte de la Repca. Argentina"; eso sí: con Barreto controlando con 3.500 brasileños para vigilar a aquel auto-pregonado triunfador, escondido finalmente al sur del Arapey, meta final de su "heroica" disparada.

Al llegar Rivera a Montevideo, es decir al final de su "gloriosa"

disparada de las Misiones, su prestigio, creado por él mismo con sus inventadas "conquistas", llegó a ser, como por milagro, "el único militar oriental" que -según comentó un periodista brasileño- disponía de un ejército. Y además como un "vencedor" (de nadie en realidad) y para una conciencia popular empachada de noticias incontrolables, el autor de una libertad en este país ahora independiente, a raíz de la convención que presidiera Lord Ponsonby. Pero Rivera era Rivera, y en pocas semanas hubo enfrentamientos entre Lavalleja y ...Rivera. Hubo que ungir a Rondeau como mandatario supremo, hasta que, recapacitando Lavalleja y haciéndose el comprensivo Rivera, se efectuaron elecciones entre los convencionales actuantes, y ¿quién resultó electo? ¡Pues Rivera! con el triple de votos sobre Lavalleja, (producto de lo que la gente creía saber sobre todo lo ocurrido. Se creó de ese modo el primer Presidente oriental, en noviembre de 1830, terminando así la primer década que se viviera durante la ausencia de Artigas, siempre recluido en Paraguay.

Recorramos a grandes pasos como le fue a Rivera y al país en la primer Presidencia así ocurrida. Señalemos las situaciones más expresivas de lo que fue un Gobierno de tan nefastas consecuencias.

GRAN MATANZA DE CHARRUAS

La primera y más increíble expresión de los tremendos errores cometidos por Rivera, fue la matanza de indios charrúas cometida por Rivera, en abril de 1831, a pocos meses de ocupar la Presidencia, un crimen inigualado en la historia americana.

El propósito de Rivera fue el de terminar para siempre con la existencia de quienes eran los legítimos y seculares ocupantes de estas tierras, rehabilitados desde 1812 por Artigas como ciudadanos, y como dueños legales desde 1815 de tierras donde desarrollar sus actividades.

Rivera apetecía siempre explotar esos campos, en especial los que creía pertenencia de los flamantes orientales. Y los charrúas eran un obstáculo y un peligro. Otro aspirante a propietario, el estanciero inglés Noble, le ofreció una importante suma para que capturara y embarcara a los indígenas hasta la Patagonia. Pero a Rivera se le ocurrió otra cosa. El ya había vendido muchas tierras del Estado y de particulares, no entregando al Estado un solo peso. Ahora resolvió decirles a los brasileños que les vendería estas tierras, pero los brasileños no querían

aceptar si no se iban los charrúas. Entonces Rivera envió comisionados para que hablaran a los charrúas de invadir el Brasil para recuperar -les dijo- los ganados que los portugueses les habían robado hacía tiempo, y que ahora tendrían que entregar a los charrúas, quienes entonces resolvieron en una Asamblea contestar que estaban dispuestos, a excepción del cacique Polidoro, quien se negó, retirándose a su toltería del Cerro Pintado.

En las cartas publicadas dirigidas a Julián de Gregorio Espinosa, Rivera le expresaba su propósito de "purgar al país de los avigeos con su exterminio total, exterminando completamente a los salvajes." Y así fue el 11 de abril de 1831, al llegar los charrúas a campamento de Rivera, éste invitó a un grupo a desmontar. Habló entonces con el cacique Venado y lo hizo seguir a su lado (tal el fiel relato del cnel. Díaz) y le dijo: "Préstame tu cuchillo para picar tabaco", y tras retener el cuchillo, le descerrajó un tiro de pistola, dando así la señal convenida para que el ejército atacara. Y ése fue el comienzo de una desbordada matanza a lanzas y balazos, que causó la muerte de varios centenares -tal lo expresado por Jacques Duprey (ver Nº 35, 1940, de la Revista Nacional de Inst. Pública), quien ratifica que los asesinados fueron "un millar"-, de lo cual escaparon sólo unos 40, apresándose a mujeres y niños, convertidas las mujeres, la mayoría en Montevideo, en restos lamentables, en un llanto continuo y en una penosa esclavitud. Fue una tremenda carnicería, descrita por varios testigos que nos dejaron testimonios indudables de aquel destroz de un pueblo padeciendo una hecatombe por obra directa del primer Presidente de la flamante República Oriental del Uruguay. No creemos necesario detallar ese tristísimo fin consumado de nuestras primeras poblaciones auténticas.

UNA PRESIDENCIA ABUSIVA

De la "Historia de los Orientales" de Carlos Machado hemos extraído, como datos principales, un resumen sintético de la primer Presidencia de Rivera obtenida a fines de 1830, de acuerdo a la flamante Constitución que fue un amasijo improvisado por doctores quechuas, con discípulos y políticos nuestros inexperientes pero que avizoraban el futuro que se veía venir. A Rivera lo votó solamente el 4,8 % de los habitantes, limitación derivada de preceptos constitucionales rigurosos

en cuanto a edad, alfabetismo, bienes, etc., etc. El Presidente gozaba de un gran sueldo y de poderes abusivos. Su Gobierno era total, eliminándose cabildos y siendo los Jefes Políticos designados por el Presidente. Así fue que en la primer elección de Soriano el encargado de la mesa comunicó que se había votado muy bien; con un sólo voto por los contrarios; pero ese votante declaró después que se había equivocado. Según Ml. Herrera y Obes, Rivera supo y quiso aprovechar esas circunstancias, por lo que apareció como "irresponsable" y un "prevaricador". El país quedó en manos de una camarilla de amistades, y se resolvía sin consultar a nadie y sin refrendar soluciones. Observó Real de Azúa que los cinco "hermanos" Obes, (era "cuñados", y no hermanos), se repartieron los mejores cargos y las prebendas ajenas al desarrollo nacional, de modo que las rentas y arbitrios de los cofres del erario estatal estaban siempre exhaustos. Una compra de 8.000 esclavos determinó que se diera a un intermediario una suma de \$30.000, pero se supo que había comprado solamente 2.400 pagando tan sólo \$9.450. En cuanto a Rivera se vanaglorió en 1832 de haber "limpiado" el país de charrúas. El y Lavalleja llegaron a ser dueños de cien leguas cuadradas cada uno, sirviéndose en gran parte de las donaciones efectuadas de acuerdo al Reglamento de Tierras de 1815, oportunamente invalidadas. El visitante francés Isabelle fue uno de los que se sorprendieron ante la situación en que encontraba al país, diciendo: "salvo algunos funcionarios, el resto respira bandidaje". Y como expresara Eduardo Acevedo (en pag. 459), "en la segunda Presidencia los robos fueron mucho mayores y múltiples los asesinatos".

COMO LO APRECIABA SU MINISTRO ANTUÑA

La actuación presidencial de Rivera (entre 1830 y 1837, exceptuando la gestión de Oribe durante tres años) fue juzgada con un detallismo y una solidez medida de enjuiciamiento que nos proporciona una comprensión insuperable. Fue la obra de su Ministro Solano Antuña, quien registró en un diario sumamente revelador las características inconfundibles de su actuación, las que aquí resumiremos fielmente. S. Antuña ocupó el cargo desde 1831 de Oficial Mayor del Ministro de Hacienda, recomendado por Santiago Vázquez, a quien S. Antuña debía una asistencia provechosa que había prestado a un hermano suyo en

Buenos Aires. No dependía de patronazgos políticos. En 1831 Rivera absorbió casi todas las rentas del Estado para el pago de armamentos, caballos, equipos y ganado, con un agravante; las compras no siempre las hizo, guardándose a menudo el dinero, y diciendo después que una creciente había acabado con esa tropa, o infundios análogos. En su Presidencia, Rivera confiscaba bienes (Edo. Acevedo, p. 410), dilapidaba fortunas públicas, suprimía garantías individuales, con "inmensas prodigalidades", giros contra el Tesoro, un régimen monstruoso el que implantó, donde casi todas las rentas iban a parar al Ejército, buscando además que se ampliaran las facultades de los Presidentes. En una sableada (en 1843, p. 455, etc.) Rivera tuvo 500 muertos y 180 prisioneros; solía apresar y llevarse mujeres y niños, para mantener la espera y la adhesión de los hombres. Su prestigio se convirtió enseguida en despotismo, al no encontrar después freno alguno. Fusiló cerca de la frontera a varios ciudadanos que tomara prisioneros, sin pasar noticia al Gobierno. Y llegó a apoderarse de prácticamente todas las estancias de los partidarios de la revolución de Lavalleja, cobrando por su parte su valor sin previa noticia al Gobierno.

Se trataba presuntamente de tierras destinadas al ganado del Ejército, etc., etc. Al ser designado Oribe para la segunda Presidencia, se esperó terminar con la rapacidad de Rivera; pero Rivera atinó a exigir entonces la creación de una Comandancia General de la campaña. Y la obtuvo. Y de yapa la Asamblea aprobó un premio de \$50.000, "por sus servicios a la Patria", que se le dio, y se produjeron "las más escandalosas dilapidaciones", como una befa de la soberanía popular. Y esos robos fueron chicos si se comparan con los cometidos durante la segunda Presidencia de Don Frutos.

Cabe señalar -dice S. Antuña- que con Oribe afluyeron miles de inmigrantes europeos, en un período que se consideró como un alivio. Pero al volver, Rivera se la pasó en el campo "jugando, mintiendo y prostituyendo con sus robos y turbios manejos"; formaba batallones que inauguraba comprando (?) miles de caballos; falsificaba cuentas, y como Comandante de Campaña, y S. Antuña acusa a Oribe de no haber tomado las precauciones necesarias y no haber dispuesto la destitución de Rivera. Pasajeramente S. Antuña resume en una frase la época de Rivera: "Triunfos, reveses, desolación y lágrimas". Y Rivera había obtenido

"victorias" como la de Yucutujá, frente a un enemigo descuidado ante una declaración de paz que creyera concretada, y que permitió tan barata superioridad.

Tenía además Rivera "la astucia de poner el puñal en otras manos". Y esta cualidad explica otras dos circunstancias que relata S. Antuña, y que aquí abreviamos. Una de ellas fue su intento de asesinar a los hermanos Oribe, Manuel e Ignacio, en 1836. Empezó con una visita accidentada efectuada a la casa de Ignacio Oribe en Montevideo; hubo sospechas, se llamó a Ml. Oribe, quien sospechó, sin verlos, del Comandte. Osorio y el Oficial Cabral, con toda evidencia encargados de asesinar a los dos Oribes, lo que no se concretó por la fuga de los visitantes y una intervención no muy clara de un Comandante Costa. El golpe falló, y S. Antuña agrega que, de capturar a los prófugos, se habría podido saber quienes y por qué asesinaron al vecino Juan P. Laguna, al Jefe Político de Durazno y a los de otros depts., que aparecieron asesinados y no robados, y a tantos otros oficiales de la Guardia Nacional durante la Presidencia de Oribe, de muerte violenta, desde que Manuel Oribe pasó de regreso por Entre Ríos. Una lista abracadabrante, e informaciones que S. Antuña trasmite con total certidumbre.

Otro caso que comenta es lo sucedido con el habitante de Maldonado llamado Quintín, quien había conseguido desconectar a una partida de Santander; Rivera ordenó a su escolta que lo fusilaran. Pero tenían solamente lanzas; "Pues que lo lanceen". Escapó Quintín, y se arrodilló ante Rivera tomándole una rienda, pero Rivera le dio un latigazo y diez o doce lanzas lo atravesaron a Quintín.

"Vendrá un día -comenta S. Antuña- en que callen las pasiones y se publique enteramente la verdad". Se sabrá entonces lo del "asesinato al noble vecino J. P. Laguna, al Jefe Político de Durazno y de otros departamentos, que aparecen asesinados y no robados". En Edo. Acevedo (p. 330) se expresa que el pago de sueldos se atrasaba en cuatro meses debido a un gran despilfarro con cómplices brasileños, durante su primera Presidencia (p. 384).

Por éstas y por tantas otras alusiones, ratificadas desde tantas fuentes responsables, imposible dudar de que la cantidad de víctimas de Rivera fue extraordinaria, y que a los centenares de charrúas asesinados en 1831, se deben haber agregado centenares de orientales,

víctimas de sus predisposiciones permanentes, debido a las cuales, aún convocando amigos de conveniencia por un lado, se creaba enemigos a muerte por el otro. Esas tendencias se originaban en su necesidad de ocupar siempre un primer lugar como jefe y como líder. De ahí sus propensiones destructoras, atenuadas -pero no disueltas- en sus distracciones de jugador, bebedor y pependenciero impenitente, desviaciones todas de su carácter absorbente, disimulado bajo su aparente amabilidad de captador de adeptos.

OTROS TESTIMONIOS VALIOSOS

Sobran los testimonios que lo corroboran. Algunos, como el del Dr. Ml. Herrera y Obes, son concluyentes. Describe en efecto a Rivera como "nutrido en una omnipotencia de poder y facultades que lo hacían dueño de vida y haciendas", recurriendo a "los actos más escandalosos y funestos, según cálculos de su conveniencia personal". Por algo fue -agrega- "eliminado tres veces del Gobierno de la Defensa: después de Arroyo Gde., después de India Muerta y después de los desbandes vividos y padecidos en Paysandú, Mercedes y Maldonado. "En su "Historia de las Repcas del Plata" (T. 3, p. 314), Antonio Díaz dice que Rivera arrancó recursos al vecindario, ocupando la Calera próxima a Mercedes, donde hizo fusilar al notable maestro Gurruchaga porque se negó a seguirlo. (También en "La Historia Antigua en Soriano" de Mariano Berro se comenta ese asesinato).

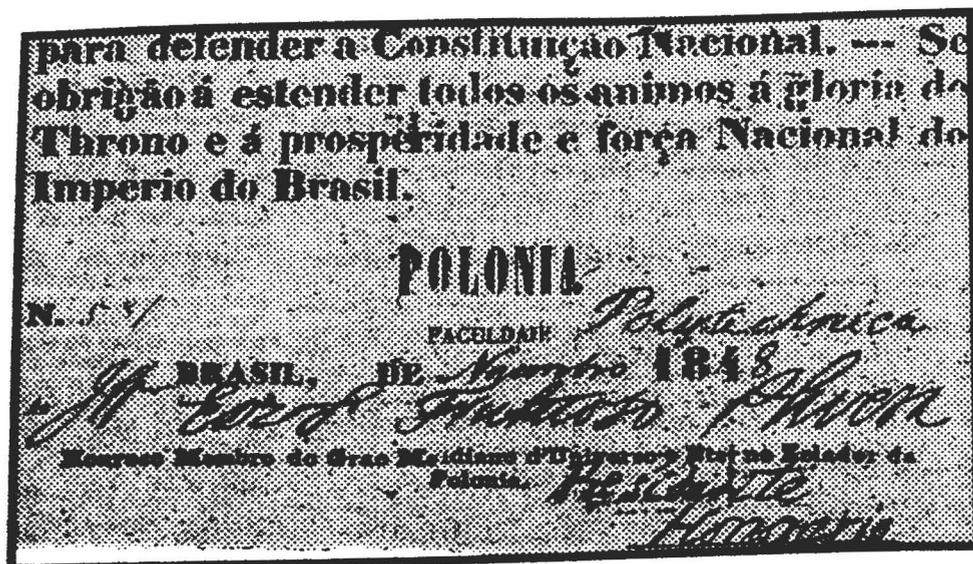
Carlos Anaya, miembro de autoridades jefaturiales nos proporciona por su parte características notables de Rivera Presidente. Algunas como su escandalosa conducta al arrojar violentamente al Cnel. Eugenio Garzón, echándolo y disolviendo el Cuerpo que dirigía, dando de baja al Sargento Mayor y oficiales. ¿Motivo? Había hallado correspondencia de Garzón con Lavalleja. Y su prolongada y violenta búsqueda del ex-oficial y baqueano, el "indio Lorenzo", buscándolo durante tres meses en Mercedes y Paysandú, localizándolo con ayuda de Bernabé, quien muriera al matar indios charrúas. Consecuencia de tales "pendencias" fue tener que arrojarse por una ventana una noche en el río Yi desde su casa en Durazno, debiendo después refugiarse en un Cantón de Pozzolo en Tres Arboles. Y otra reunión con amenazas de fusilamiento a una serie de comerciantes exigiéndoles una subida cuota de sus excedentes.

En 1832, al regresar del Yaguarón, "Rivera mandó fusilar una porción de oficiales por haberse asociado con algunos sublevados. Fue -dice Anaya- un asesinato en causa propia", sin Consejo de Guerra u otra formalidad. Rivera adujo que lo había hecho por consejo del "fascineroso Santiago Vázquez", quien antes los había destituido en Montevideo. Era táctica de Fructuoso suscitar odiosidades contra aquellos que amenazaban su reputación. En 1833 despojó de fortunas a cómplices de la sublevación de 1832, no tanto para vengarse, sino para poder conquistar más agradecidos a su entonces posibe "generosidad".

Cuando en 1834 consiguió de Oribe Presidente, muy presionado, su designación como Comandante de Campaña, además de los \$50.000 recibidos entonces por sus decantados "servicios a la Patria", cobró servicios contra el Tesoro que Oribe se vio constreñido a otorgarle. Conservó así "autoridad" y plata. Jamás rindió cuentas, por razones que pretextaba abusivamente, pero no dejó de censurar a Oribe por entrevistarse con el caudillo brasileño Bentos Gonzálves Da Silva. En 1836 fue declarado "Defensor nato de la Constitución" (que tanto vulneraba). Como "Defensor Nato", Oribe, a poco de asumir la Presidencia, organizó una reconsideración de todas las violaciones (las 174...) cometidas como operaciones ilegales cometidas durante la gestión presidencial de Rivera. Y Rivera se levantó contra su Sucesor "Nato"...Sucesor que lo derrotara en 1836 en la Batalla de Carpintería, cuando se usaran por primera vez las divisas blanca y colorada...



RIVERA DESTERRADO POR LOS COLORADOS



Rivera al servicio del Brasil y reconocido como "**Eterno Zelador de Polonia**". Final fotocopiado donde dice (traducido) "...para defender la Constitución Nacional. Se obliga a extender todos los ánimos a la gloria del Trono y a la prosperidad y Fuerza Nacional del Imperio del Brasil". Y abajo "**Honroso Miembro del Gran Meridiano del Universo y Eterno Zelador de Polonia. Presidente Honorario**".

Las últimas "hazañas" perpetradas por Rivera, desde Mercedes hasta Maldonado, vencido o vencedor (de auto-vencidos como Montoro) fueron causas decisivas, juzgadas con una intolerancia a esa altura imposible de obviar. Y fue así que al año siguiente las autoridades de Montevideo (nada menos que Lorenzo Batlle, Ml. Pacheco y Obes y B. Más de Ayala) dictaron el fallo por el cual se le condenaba a abandonar el país, no pudiéndose pasar más tiempo esperando que en el ítemperante caudillo se produjeran resoluciones aceptables. ¿Y cuál fue la respuesta que estalló en Rivera al poco tiempo? Pues irse a vivir en el Brasil.

En diciembre de 1848 lo atestigua un documento que se conserva en el Arch. Gral. de la Nación, nueva revelación de su falta de ideales

depurados y de su reiterada inclinación a traicionar a la patria oriental. Se trata de un ostentoso diploma cuyo título dice así:

- "Diploma D'Associacao do gran Meridiano d'Universo" -

"Constancia de la valerosa Nación Polaca emigrada y esplendente en todas las pautas del Universo; declara al ETERNO CELADOR DE POLONIA miembro del gran Meridiano del luminoso Universo.

Exmo. Sr. Fructuoso Rivera, Presidente Honorario de esta Sociedad en Brasil", etc. Y termina "...para defender la Constitución Nacional.

La obliga a extender todos los ánimos a la gloria del Trono y a la prosperidad y fuerza Nacional del Imperio del Brasil.- POLONIA.- Brasil, Noviembre 1848.-

Exmo. Fructuoso Rivera

Honroso Miembro del gran Meridiano del Universo
Eterno Celador de Polonia (hay firmas ilegibles).

(Arch. Caja 6, carpeta 4, documento 32.)

Por cierto que tanta grandilocuencia venía a la medida de la única aspiración mantenida por Rivera en todas las circunstancias que a su manera llegó a vivir: la de ocupar el rango más elevado, Presidente Universal, no dejando empero de asombrar que, contrariando sus últimas concreciones, sostenga "el Trono y la Prosperidad y la Fuerza Nacional de Brasil", siendo, eso sí, Brigadier General de la Nación, de esta Repca. O. del Uruguay a la que sirviera de sumo acuerdo con la autoridad suprema.

GARIBALDI JUZGA A RIVERA

Testigo particularmente apto fue el gran guerrero y demócrata Garibaldi, asociado a las huestes montevidéanas durante dos años en la Guerra Grande contra la agresión bonaerense de Juan Ml. de Rosas. En el reciente libro "Garibaldi en el Plata", describe y juzga con muy acertado criterio cuanto vivió como guerrero y como convecino muy atento a nuestras costumbres y tendencias personales. Sus juicios son luminosos. Son notables, por ejemplo, los elogios que prodiga a los "matreros" como personajes de una insuperable integridad y elevación de motivos, con una valentía y una decisión que no provenían de impulsos egoístas o parcializados arbitrariamente. Y frente a esas alabanzas, nos

da de Rivera impresiones de gran penetración.

Después de una alusión al "feroz ex-Presidente de Montevideo", el "perverso" Rivera (pág. 99), refiere en Pág. 64 las "mezquinas pasiones capitaneadas por un general sin méritos (...) que arrastra a su país a una guerra intestina, duradera y homicida". Y agrega: "Su genio perverso ya lo había arrastrado al Arroyo Gde. y a la India Muerta (...) y después a Paysandú, donde su ejército fue completamente deshecho". En Montevideo, para que Rivera subiera al poder, "se ensangrentaron las calles"; y en Salto igual. La experiencia y la aguda penetración de Garibaldi nos proporciona importantes testimonios. Y cómo no intentar, quienes procuramos acercarnos a la verdad, esclarecer una conducta como la de Rivera, contraria a la moral en su más ineludible necesidad, ya que incurrió en una desconsideración ofensiva hacia la voluntad ajena, oculto tras pantallas de bonhomía y generosidad, aunque casi siempre a costa ajena. Y así reeditó en los 40 al Rivera de 1839, cuando vivía como un perdedor, tanto en las contingencias secundarias como en sus relaciones con Joaquín Suárez y con Garibaldi, quienes no pudieron soportar sus pretenciones de dirigente superior. (Para quien, según le escribiera a Bernardina, Lavalleja era una nulidad (...), ambicioso y miserable con "los peores defectos del criollo, hombre de grandes vicios, etc., etc.)

ULTIMA HAZAÑA: ASALTOS, ROBOS, MUERTES

La última Odisea de Rivera fue la que vivió en junio de 1846, al asediar a las menguadas fuerzas del Cnel. Montoro, quien no pudo lograr otro reparo que el de Mercedes. Fue allí que Rivera desplegó la violencia que acostumbraba cada vez que veía aflojar al enemigo, y esta vez contra casas y comercios de las calles centrales. Los robos fueron irrestrictos, algunos notorios como el de cuatro mil cueros, imponiendo además, si los propietarios caían a su alcance, contribuciones forzosas a comerciantes y al que cayera. Montoro no tuvo otra solución que arrojarse al Río Negro, de donde ya ahogado fue extraído, siendo sometido a castigos post mortem, ratificándose así lo afirmado por Juan C. Gómez Haedo, quien estableciera que los métodos de castigo riguroso que acostumbraba utilizar Rivera estaban muy por encima de los atribuidos a otros en ese sentido destacados, como lo fuera Ernesto Castro.

En José María Paz ("Rivera en la montonera oriental" incluido en "El pueblo en armas") se resumen juicios por otra parte reiterados sobre las cualidades de Rivera: "Grande ignorancia con ribetes de un roce frecuente"; "hábitos desde niño de prodigalidad y despilfarro"; "espíritu de falsedad, poca fe en sus promesas, dilapidaciones de bienes sociales"; "malbarató los bienes abundantes que almacenó, sirviendo así a pillos y malvados"; "sin ideas ni principios de moralidad". Todo lo confunde. Conseguía el apoyo de aquellos a quienes adulaba, y "con ellos se aprovechaba de la fortuna pública"; "se entronizó como nunca el peculado y a menudo la rapiña"; "el vicio era ensalzado y el hombre probo despreciado como un inepto para la función pública, creando un ambiente de corrupción general, prevaricadores en todos los empleados"; "horribles y nunca vistas dilapidaciones de los caudales públicos, tolerados como los lobos entre sí". Con Oribe se juzgaron esas lapidaciones, por lo cual su Partido no las juzgó. "Los asesinatos eran frecuentes, sin mayores penas"; "abundaban los contratos escandalosos"; y a veces fue clemente con sus enemigos.

En toda actividad que emprendamos se necesitan materiales y colaboradores que, en el caso de los políticos, son en principal lugar los electores. ¿Y cómo se consiguen éstos? Pues ofreciéndoles perspectivas y motivos favorables. Rivera bien que lo sabía. Pero las perspectivas que fomentaba suponían elevadas contribuciones y el apoyo popular suponía así deterioros que suscitaban por consiguiente oposiciones importantes. Además, los "cocineros" principales eran, no los electores, que eran muy pocos, sino las logias dilectas dentro de las cuales Rivera era un integrante hábilmente decisivo. La Constitución de 1830 no permitía votar, en efecto, sino a un 5% de la población, mientras los gobernantes absorbían grandísima parte del Presupuesto Nacional, y sus nombres surgían de dichas logias. Conseguir adeptos, en las logias y en el pueblo requería aprovechar esa situación. Y Rivera distinguía dos métodos; el de los "sonsos", y el de los "pícaros": los "sonsos" (a veces "imbéciles", como llegó a calificar a Lavalleja), eran los que no prometen sino lo que modestamente pueden hacer, y los "pícaros" (como admitió a veces serlo, o "picarones", como lo llegaron a calificar) son los que acaparan las situaciones estratégicas, y que no ofrecen sino lo que a ellos les sobra, y no con una oratoria entonces impracticable, sino con oportunos

palanqueos entre quienes disponían de palancas efectivas... Por eso Rivera aspiró siempre a mandar, y siempre con la autoridad máxima. Y así es que desde 1830 llegó a ser Presidente varias veces, hasta su muerte e 1854, no siéndolo siempre por torpes metidas de pata, siendo la peor cuando en 1840 declaró guerra al Gobierno de Bs. Aires con tan prolongadas consecuencias. Episodios de esta estrategia "picarona" son los que empezara a enumerar el Dr. Mario Baccino, a saber:

ENUMERACIONES DEL DR. M. A. BACCINO

-1.- Ante la orden de Artigas, derrotado en Tacuarembó, de que se le incorporara, Rivera lo desoyó y entró en tratos con Lecor, quien le concedió el grado de coronel. Y el 25/VI/1820 Rivera le escribe al traidor Ramírez y le recomienda la "necesidad de disolver las fuerzas del Gral. Artigas", salvando así a la humanidad de "su más SANGUINARIO perseguidor".

-2.- Menciona "los monumentos de su FEROCIDAD" que existen en todo el territorio y que claman "VENGANZA".

-3.- En otra carta del 13 de junio dice: "todos los patriotas deben sacrificarse hasta DESTRUIR ENTERAMENTE a D. José Artigas".

-4.- Se refiere Rivera a "todos los males" que ha causado Artigas, y "nombrando al MONSTRUO parece que se HORRIPILAN".

-5.- Artigas -dice- no tiene otro sistema que el de "desorden, FIEREZA Y DESPOTISMO", etc.

-6.- Rivera le promete a Ramírez ayudarlo contra Artigas, para "ULTIMAR AL TIRANO" de nuestra tierra. Y el 13/II/1825 expresaba su ferviente deseo de "defender el pacto social con el Imperio del Brasil", firmando como Brigadier General. Agreguemos:

-7.- En la Biografía de Rivera de Carlos Anaya (que fuera diputado por Soriano y Presidente del Senado) se transcriben cartas en las que trata a Lavalleja de "IMBÉCIL AVENTURERO" (como para creer en "abrazos del Monzón"...)

-8.- En el Diario de Brito del Pino (p. 298) se transcriben los violentos insultos (del 20/XII/1825) donde Rivera habla de los "TIEMPOS DESASTROSOS de Artigas" (...) ostentándose como un tirano y no como un "Protector". Y agrega: en lugar de hacerle guerra a los brasileños, la

hacía a los particulares y a sus haciendas, aludiendo así al Reglamento de Artigas sobre tierras a "los más infelices".

-9.- Anaya dice que Rivera fue "el más cruel enemigo de Lavalleja".

TRAICIONES COMETIDAS POR RIVERA

Así trataba Rivera a Artigas y a Lavalleja. Y así los traicionó a todos, a saber:

-1.- Traicionó a Artigas en 1820, poniéndose al servicio de los portugueses y del traidor Ramírez.

-2.- Traicionó a Lavalleja en 1825, después de Sarandí, dejándolo escapar y buscando pactar con los brasileños. Como dice Anaya, Rivera, a quien Lavalleja lo condenó como traidor, debió haber sido pasado por las armas, tantas traiciones había cometido.

-3.- Para no perder la costumbre, en 1825 traicionó a Lecor.

-4.- Traicionó en 1845 al gobierno colorado de Joaquín Suárez, debiendo ser expulsado del país cuando buscó el apoyo de Oribe. Fue desterrado al Brasil.

-5.- Traicionó a los charrúas en 1831, a quienes hizo propuestas, logrando que se juntaran y matando a todos los que pudo.

-6.- Y traicionó a la Constitución, a la que trató de LIBRITO, haciendo lo que se le antojaba durante sus dos Presidencias, conseguidas gracias al apoyo de quienes habían recibido sus "favores", decisivos en una democracia en la que solamente podía votar el 95%, excluidos obreros y empleados.

Debe reconocerse que cuesta resignarse a una realidad histórica que ha sido tan alterada durante tantos años. Pero los documentos son irrefutables, y coinciden en revelarnos un personaje indigno de figurar, ni remotamente, entre quienes de nobilísima conducta, aunque insultados groseramente por él, nos merecen un respeto indeclinable.

Se acostumbra encumbrar a Rivera declarándolo "Fundador del Partido Colorado", distinción a la que nunca reconoció ni mencionó, y que se intenta justificar por haber dispuesto Rivera, al enfrentar al ejército de Oribe en una batallita cualquiera, que sus soldados debían tomar como blanco, al que tenían que dirigir sus tiros como a eventuales enemigos, y no por alguna divisa que usaran, sino por ser el blanco de sus tiros.

Y las otras dos veces los colorados de la Defensa de Montevideo debieron tomar contra él medidas radicales, expulsándolo del país, debiendo Rivera refugiarse en el Brasil, la última vez por tramitar un acercamiento, justamente, con Oribe.

Y no habría de regresar al país sino varios años después, muriendo apenas pisó tierra uruguaya. Es pues un error imperdonable atribuirle un espíritu fundacional de un Partido con el cual vivió tan radicalmente separado. Y recuérdese que la segunda expulsión del país, después del desastre de India Muerta, agregaba la prohibición de su regreso; y la tercera vez, a raíz del desbande de su ejército en Paysandú, Mercedes y Maldonado, quiso ser, y lo fue, una "eliminación definitiva", de la que se salvó cuatro años después, y no por cierto por obra del Partido Colorado, habiendo sido su destierro en 1847 resolución firmada nada menos que por Melchor Pacheco y Obes, Lorenzo Batlle y Breno Más de Ayala.

En Rivera no hubo por cierto nunca la intención de estabilizar un contingente partidario, aparte de un reducido grupo de amistades, los Obes, Isás, Nicolás Herrera y algunos más, no admitiendo nunca entre sus conveniencias la de congregar un sector unificado por algún ideario estable.

La formidable volubilidad con que Rivera encarara al prójimo se vuelve hasta increíble al reconocer el tono amabilísimo con que, con fecha 11/1/1839 le escribe una carta a Artigas. La encabeza con una declaración cien por ciento opuesta a las que expresara en sus cartas a Frco. Ramírez en 1820, lamentando ahora los 18 años en que tuvieron que dejar de tratarse, e intercambiando un cúmulo de amabilidades entre familiares de uno y otro; "siempre se están acordando de Ud."; y se despide diciendo "Lo saluda afecutosamente. Su compañero y amigo que B.S.M. Fructuoso Rivera."

En la cubierta se lee "Al Ciudadano José Artigas. Por favor de S.P. Ditador". Expresión de su inmoralidad básica y de la obviedad del Mal ante propósitos de conveniencia pasajera. ¡Y llega a besar la mano al mismo a quien en 1829 había juzgado un "Monstruo"!

COMO FUE RIVERA

Entender como fue Rivera, cuáles fueron sus características y sus cualidades, requiere interpretar algunas propensiones generales de

la naturaleza humana de las que pueden emanar virtudes y defectos. Y Rivera es un caso poco común que ilustra esa duplicidad, en él flagrante y reveladora.

Corresponde señalar en primer lugar que todo ser humano está obligado a satisfacer sus necesidades, algunas indiscutibles como la alimentación y la integridad corporal, y otras compartibles, como el desarrollo de tendencias y necesidades que requieren la utilización, compañía y colaboración de los demás. En estas relaciones radican la aparición del Bien y del Mal, es decir, por un lado los resultados compatibles y favorables en algún sentido a los demás, lo que implica el Bien, y en el otro sentido, orientados principalmente a obtener beneficios propios, lo que llega a constituir el Mal al extremarse esos propósitos. Y en Rivera hubo un motivo muy adentrado que determinó una primacía extremada de las aspiraciones propias. Entre ellas, o por sobre ellas, un ansia ferviente de imponer su voluntad como autoridad presidiendo los hechos en toda su amplitud.

El procedimiento más expeditivo utilizado por Rivera en ese sentido fue el de la seducción, es decir actuar de tal modo como si pudiera transformar en colaborador complaciente a todo indiferente, e incluso a todo virtual enemigo, convirtiéndolo en un copartícipe en el goce de satisfacciones, entre las que naturalmente deben ocupar el lugar principal las necesidades propias. Rivera lo vivía así, con total determinación, sin ninguna preocupación de estar practicando el Bien o el Mal. La Moral no le merecía ninguna consideración, no influyendo en absoluto sobre su deseo absorbente de un mando supremo. Le era por lo tanto necesario coordinar todos los factores indispensables para conseguirlo, muy en especial las relaciones humanas en todos los niveles sociales, desde las inmediatas hasta las más encumbradas, es decir desde las más modestas y ocasionales, hasta las de autoridades o instituciones principales, nacionales y extranjeras.

Una primera actitud, en todos los casos, era la de promover sentimientos de solidaridad o adhesión, desde un trato personal siempre atento y afectuoso, como también ante toda autoridad o factor influyente, utilizando ideas, proyectos, planes y maniobras basándose en las reacciones ajenas aprovechables para eliminar obstáculos o para propiciar acercamientos y decisiones convenientes.

Los propósitos de Rivera eran tan apremiantes, que determinaban en él ideas y conductas conducentes a doblegar de hecho a las voluntades interpuestas. Y así fue que se cometieron hechos intempestivos, como el consumado ante la negativa del maestro soriano Gurruchaga de asociarse con él en sus aprestos bélicos, no vacilando entonces en quitarle la vida. Y en las más diversas circunstancias, aquello que decidiera realizar o exponer de acuerdo a sus resoluciones y planes concebidos para concretar esa situación de mando que era su máxima aspiración, lo impulsó a atentados o descalificaciones que consumaba sin vacilación alguna, en especial cuando llegó a ocupara la Presidencia, alterando entonces rotundamente normas vigentes. Proliferaron en consecuencia cobros de dinero bajo las excusas más variadas, llegando en efecto a gestionar y obtener la emisión estatal de \$230.000, lo que su sucesor Oribe no se animó a objetar, suma considerable inventada como retribución del Estado a servicios especiales; y obtuvo Rivera otros aportes que supo reclamar y obtener en variadas circunstancias, solicitando además una muy bien remunerada Comandancia de toda la Campaña. Cobraba de esa manera un "aprecio" que había sabido fundamentar, conquistando la adhesión de algunos colaboradores ocasionales. Era, en todos esos casos, un ensayo de corrupción, al incluir el robo y el crimen en el marco del toma y daca establecido dentro del rigor que tales prácticas exigían. Se vivía de ese modo en una especie de cálculo a primera vista, utilizando complicidades que eran un intercambio de ventajerías, al margen de una Moral que quedaba soslayada sin prevención alguna. Utilizaba para tales prácticas una apariencia acogedora, con una efusiva sonrisa, acostumbrando pasarse una mano ocultando el rostro en ocasión de esas diabluras, consciente de su adoptada duplicidad de ser quien era y de aparecer como lo que no era. Ganó así el dicterio de "liso y llano", resultado final de una hipocresía que en él era lo más parecido a la sinceridad, tan posesionado estaba por lo que fraguaba con tan estricto interés. Más acertado estuvo el compinche de Pueyrredón a quien le relataba las actitudes de quien llamó un "picarón", no renunciando a ser quien era, ni siquiera cuando se le acusara de estar dejando de cumplir la Constitución, respondiendo "¿Qué dice ese librito?".

Por eso le resultaba más cómodo gobernar desde Durazno, adonde

se trasladó cuando su primera Presidencia. Y es que le era más llevadero, aplicando su duplicidad en alguna jugada al truco o en alguna veleidad erótica. En Durazno podía liberar su yo de entrecasa tratando al Mal como si fuera el Bien.

Más desaforados fueron ciertamente los saqueos con que asoló Paysandú y Mercedes, instando a los suyos para que los arreciaran; y fue su "sinceridad" la que lo llevó a la dilapidación, la destrucción y algún asesinato al paso, sabiendo prohijar y alentar mandones subalternos, con quienes era a menudo "comprensivo". Vivir era así para él un azar, en donde todo estaba bien, salvo los bienes y las vidas de los más reacios. Resultó así un ejemplo de la "barbarie civilizada", es decir de la gente que no piensa a fondo nada más que en su interés particular. Una nada los vuelve entonces furiosos. En la soledad de sus almas, son los deseos los que reinan. A fuerza de sutilezas y de malicia, se vuelven a menudo perversos. Y la barbarie, cuando nace así de la reflexión, vuelve a los hombres más crueles que la barbarie elemental, espontánea, que es obra de tendencias auténticas, barbarie ésta que estaba impregnada de ferocidad, pero que era franca, permitiendo a quien también estaba en peligro, defenderse o huir, como observara Garibaldi en nuestros llamados "matreros", al visitarnos cuando la Guerra Grande, ensalzando sus virtudes, que contraponía a los desbordes de Rivera, a cuya perversidad se refiriera sin ambages, una barbarie disfrazada bajo las consabidas adulaciones y falsos afectos, tal como lo apreció el francés Isabelle en el Montevideo de Rivera, "antro de las peores inmoralidades", tal como debió calificarlo.





Diseño y diagramación: **image dynamics**

Impreso en Impresora Dolores - Uruguay - Agosto 1996.
Depósito Legal Nº 57.358

OBRAS PUBLICADAS DE W. LOCKHART

"En la Aldea de Stephantchikovo" (1951), "Historia de la Escuela en Soriano" (1957), "El MUndo no es Absurdo" (1961), "Máximo Pérez, caudillo de Soriano" (1962), "Historia de la Medicina en Soriano" (1963), "Rodó, vigencia de su pensamiento en América" (1963), "El Uruguay de veras" (1964), "Historia del Periodismo en Soriano" (1965), "La vida cotidiana en la colonia" (1967), "Los Galarza, vida de dos caudillos" (1968), "Vida de Aparicio Saravia", en Enciclopedia Uruguaya (1969), "Soriano, fundación y consecuencias" (1971), "Venancio Flores" (1976), "Leandro Gómez" (1977), "Florencio Sánchez en Mercedes" (1985).

Debe agregarse: Co-fundación y Dirección de **"Revista Histórica de Soriano"** (30 números), Co-fundación y Dirección de **"Asir"** (39 números), y numerosos ensayos en **"Marcha"**, **"Brecha"**, **"Capítulo Oriental"** (Nros. 12 y 22), **"Cuadernos de Mercedes"** (Nros. 1 al 7), "letras" de **"Acción"** de Mercedes, etc.